

4

Apariencias

Si España fuera una auténtica democracia, ya hace tiempo que habríamos salido a matar a unos cuantos.

ANDRÉS PRIETO, *Reflexiones para la inacción*

Vivía desde hacía más de treinta años en la casa que sus abuelos le habían legado en el barrio de Gràcia, antaño un pueblo que estaba a las afueras de Barcelona en el que la gente pudiente se hacía el chalecito —o la torre, como dicen allí—, y hoy un barrio a cuatro paradas de metro del centro de la ciudad. La república independiente —superpoblada, llena de plazuelas, callecitas y recovecos— se había convertido en un lugar abigarrado de restaurantitos de todas las nacionalidades, tiendecitas de ropa, barecitos de moda y demás locales así, en diminutivo, que se abrían y se cerraban sin descanso en las calles más emblemáticas y concurridas mientras los vecinos de siempre asistían algo perplejos al trasiego de moderneces y diseños e iban asumiendo lentamente que, como sucedía en el resto de la ciudad, nos habíamos vuelto gilipollas o poco nos faltaba. A Gràcia había llegado también la idea postolímpica de la ciudad-escaparate, en la cual las personas no son ciudadanos sino clientes y, encima, clientes de segunda frente al imperio de los turistas, esas hordas bárbaras venidas en vuelo chárter que nos deleitan con sus despedidas de soltero y hacen ricos a los imprescindibles pubs irlandeses y restaurantes de comida rápida; esos mismos que pueden pagar sin inmutarse el triple de lo que debería costar una cerveza o se cagan y vomitan impunemente en la calle como nunca hubieran imaginado que se podía hacer y, desde

luego, nunca harán en su país. También hay ingleses residentes temporales, estudiantes de Erasmus suecos y yanquis que quieren probar el glamour de la bohemia europea antes de regresar a su hogar para ser gente seria y de provecho, justamente esos que pueden pagar sin inmutarse el triple de lo que debería costar un alquiler y que hacen ricos a los imprescindibles especuladores.

Amanecía en la pared del cuarto a intermitentes franjas naranjas y el inspector roncaba en calzoncillos con un libro sobre el pecho y la radio encendida, donde sonaba una canción que evocaba a jóvenes rubios haciendo surf en alguna playa californiana. De pronto se oyó un timbre como de bicicleta, el policía se desperezó lentamente, dejó el libro encima de la mesilla, apagó la radio, se puso una bata casi de mujer que le iba claramente corta de brazos y estrecha de espalda, anduvo descalzo por el mosaico antiguo y frío de un ancho pasillo y abrió la puerta mirando legañoso a un tipo uniformado que hacía sonar el timbre desde la verja del jardín mientras gritaba:

—¡Jefe! ¡Llaman urgente de la central, le reclaman urgentísimo!

—¿Y cuándo no lo es? ¡Anda, recita!

El agente suspiró como si un enorme cansancio se apoderara de él. Siempre había idolatrado al jefe, trabajaba para un mito de la policía y eso era el sueño de cualquiera que quisiera aprender y progresar en el cuerpo, pero no comprendía y le costaba tolerar algunas de sus manías.

—*Mi recuerdo eran imágenes, | en el instante, de ti: | esa expresión y un matiz | de los ojos, algo suave | en la inflexión de tu voz...*

El inspector jefe Marguinalf entró en la casa, se puso a preparar café y dejó correr el agua de la ducha. Fuera se escuchaba la enérgica voz de su ayudante, declamando con ahínco esos versos tan bellos con los que había decidido despertar aquella mañana; con los años había decidido que uno no debería empezar el día escuchando cualquier estupidez sino algo hermoso y con sentido.

—... *de lebrel que ha maldormido / la noche en mi habitación.*

Un vecino viejo miraba incrédulo desde su ventana cómo el joven policía, apostado en la verja cual galán, recitaba palabras tan sugerentes: *Volver, pasados los años / para la felicidad.* Este no podía sentirse más incómodo, allí fuera y con aquel papelón. De repente, justo coincidiendo con el último verso, la verja se abrió y el avergonzado ayudante pudo al fin entrar en la casa. Siempre le había parecido mágico que prácticamente en el centro de una gran ciudad hubiera lugares como aquel: la del jefe era una enorme casa modernista en una calle que parecía un pueblo, nunca había visto la planta de arriba, pero tenía una galería con balaustrada de hierro forjado que transmitía paz con solo mirarla. Marguinalf estaba en la ducha y su subordinado se tomó el café en silencio, observando las pilas de libros que había por todas partes, algunas de ellas coronadas con ceniceros repletos de colillas. Finalmente, el inspector salió del baño con una toalla blanca atada a la cintura. No era un hombre muy mayor, debía de tener sesenta años y comía, bebía y fumaba con el descaro de un adolescente.

—No es *para la felicidad*, sino *hacia la felicidad*.

—Lo lamento, señor, mañana intentaré no equivocarme.

Hoy era Gil de Biedma, quizá mañana fuese cualquier otro. Un día el joven intentó engañarle y leer el poema en vez de aprenderlo de memoria, pero el muy hijo de su madre, no supo cómo —desde dentro de la casa era imposible que le hubiera visto—, notó la diferencia; seguramente por eso era el sabueso más impresionante que jamás había visto. El caso es que lo castigó y le hizo aprender el primer capítulo del *Quijote* entero, estuvo toda la noche en vela memorizando, pero a la mañana siguiente falló en el tercer párrafo. Naturalmente, Marguinalf se dio cuenta, aunque no tenía el libro delante, y señalándole con el dedo en la cara le dijo:

—Necesito saber que siempre me dirás la verdad, necesito confiar en ti por completo. ¿Eso puede ser, sí o no?

—Jefe, yo lamento mucho...

—¡Sí o no, cojones!

—¡Sí, señor!

—Entonces invítame a comer, te sugiero los Hermanos Tomás.

Aún quedaban cosas buenas en el barrio: las bodegas antiguas, baratas y llenas de personajes, la plaza del Raspall con sus gitanos cantando rumba catalana, las asociaciones vecinales engalanando sus calles para fiestas, desayunar en el mercado, el pasado industrial y las chimeneas de ladrillo rojo, los caramelos en Sant Medir y ese tufo, que era casi una fragancia, a identidad única, hippismo de parroquia y catequesis, anarquismo amable y jazmín, vermú en la Virreina, camiseta y sandalias, tradición y borrachera de gente de barrio, el silencioso señor Rovira, los árboles del amor floreciendo en plaza Joanic, el calimocho y la sangría, los domingos *castellers* en Rius i Taulet, malabares en el Sol, las moreras y los teatros, la Colometa en el Diamant, el Pijoaparte bajando en moto por Escorial y una peli francesa en el Verdi. Aún quedaban cosas buenas en el barrio y, sobre todo, gente dispuesta a resistir a la imbecilidad del progreso, a ese supuesto bienestar que había convertido Barcelona en una ciudad que apenas respiraba bajo ese manto de cursilería pacata e ignorante, de eterna candidata a lugar importante en el mundo. Lleva toda la vida queriendo ser París o Londres y nadie les dijo nunca a los alcaldes la dulce verdad: que nunca lo lograría y, lo peor, que no hacía falta, no era necesario perder la identidad y la dignidad en el intento, ya era una ciudad hermosa, única y cosmopolita para los que supieran apreciarla. Ahora los bares cierran a las dos, no se puede fumar en los restaurantes, los pequeños comercios se ahogan, los jóvenes tienen que irse, los antiguos cines cierran, los barrios ya no pertenecen a sus vecinos, los alquileres son un sueño, una cerveza cuesta cinco euros y el café, dos. Se ha convertido en una ciudad sosa, acomplejada, poco auténtica, la mejor tienda del mundo con la concentración de diseñadores-pinchadiscos-gafapastas más elevada de Europa y de polICASTROS lumbreras con ganas modernas de innovar, y

la vida es más cara que en Nueva York. Ya lo dijo alguien una vez: no hay nada más peligroso que las ideas geniales de los que no son genios. Mientras, la gente de a pie no sabe qué hacer y sigue paralizada por el espanto.

Los dos hombres permanecían en silencio dentro del coche patrulla. De pronto dieron un aviso por radio: se había producido la desaparición de una mujer en la zona alta de la ciudad y todo parecía indicar que había tenido lugar un crimen machista. Marguinalf se lamentó:

—No hay día que no caiga una.

—Es horrible —respondió su ayudante sin dejar de mirar la calzada.

—Ya llegamos.

Era una casa grande con jardín alrededor, había un par de vehículos en la puerta y algunos curiosos se agolpaban tras unas vallas. Marguinalf bajó del coche de un brinco y anduvo decidido, con la placa en la mano, franqueando los distintos cordones policiales. Su ayudante le seguía a un par de metros observando las caras de asombro de los otros agentes cuando veían pasar al jefe; muchos nunca le habían visto en persona, pues no era habitual que quisiera meterse en este tipo de casos menos complicados. El inspector se encontró en medio del jardín con el policía encargado del caso.

—Soy Méndez, me han dicho que venía para aquí y ante todo quiero decirle que es un honor conocerle.

Marguinalf le dio una palmadita en la espalda sin dejar de andar hacia la casa.

—Tengo entendido que el sospechoso está retenido ahí dentro. Nadie ha tocado nada, ¿verdad? —preguntó al agente.

—No, señor, está todo intacto. Los vecinos oyeron llegar el coche del sospechoso de madrugada, luego les pareció que una mujer gritaba y llamaron a la policía. Cuando llegamos, pillamos al tipo en plena huida, muy nervioso. De ella no hay rastro.